

CAPÍTULO XXIII.

CAPÍTULO XXIII.

---

Desde un salón de su palacio miraba el infeliz Hacem la rota y herida ciudad, semejante á un cuerpo maltrecho y magullado, que mostrase á la vista horribles llagas. ¿Recordáis las riberas azotadas por los ciclones, donde se mezclan las arboladuras y las quillas y las tablas de naves naufragas con los ramajes de plantas desarraigadas y esparcidas en terrible desorden? Tal es el espectáculo presentado por la ciudad nazarita y sus alrededores al día siguiente de la catástrofe. Parece imposible que la cólera de los hombres llegue adonde no llega la furia de los elementos. Diríase que había sacudido un terremoto las raices de aquellos torreones, según lo arruinados unos y lo ruinosos otros. Diríase que había envenenado la peste los aires, según los montones de cadáveres por doquier yacentes. Diríase que los volcanes apagados eruptaban de nuevo sus vapores sulfurosos y sus ardientes lavas,

según las cenizas dispersas por todas partes y el negror de barrios enteros incendiados. Hacem no podía separar la vista, que iba poco á poco extinguiéndosele, no podía, de aquella ciudad, castigada por tantos y tan tremendos castigos. Orgulloso, pagado siempre del pueblo á que pertenecía, con la memoria muy llena de las antiguas grandezas, no se resignaba, no, á representar el nefasto instante de su decadencia y de su muerte, cuando allá, en su interior, escudriñándose con los ojos de la conciencia, reconocíase bastante fuerte y poderoso para sostener en sus hombros y con su alfanje otro más vasto imperio. Desde que supo el deshonor de su hijo, redujose á maldecir y á llorar. En el momento que describimos, acostado sobre un diván oriental, contemplaba con alternativas contemplaciones, ya la ciudad querida, ya el rostro de la Sultana predilecta, la nefasta española, ya el ceño de su primer vizir Venegas; y en tantas y tales contemplaciones, solo bebía dolor, amargo dolor, que le penetraba con su ponzoña mortal hasta en la médula de los huesos. Y sin embargo, Zoraya quería allí mismo, en aquel instante supremo, cuando ni se había secado la sangre de las calles, ni se había desvanecido el humo en los aires; y los cristianos, compañeros de Boabdil hasta el corazón de su reino, apenas habían vuelto hacia Córdoba; y el Zagal se aprestaba, desde los alcázares malagueños, á tallarse, como ya hemos dicho, un trono en las tablas del naufragio; que Hacem proclamase al mayor de los hijos

engendrados en sus entrañas, monarca del estruendo y del escombros. Para libertarse á tales obyrugaciones, enseñaba con su mano flaca, volviendo hacia ella los ojos casi extintos, en aquel ocaso de tanto imperio, en aquel acabamiento de vida tan preciosa, la ciudad náufraga en mares de lágrimas y sangre. Y á todo lo que se comprometía, en su desesperación y en su dolor horroroso, á todo, por complacencias con la dama que le trajera las únicas venturas probadas en su vida, y con el único ministro que descollaba entre tantos privados como allí pululaban, era á intentar la proclamación, cuando cualquier hueste á su nombre adicta y combatiente bajo sus banderas, alcanzase ventaja más ó menos considerable sobre las huestes cristianas. Así, todos los días, en el mismo sitio se congregaban el Sultán, y su favorecida esposa, y su primer ministro para urdir y sostener análogas conversaciones. Los emisarios, que traían frecuentísimas noticias de la frontera y de los diversos sitios azotados por las continuas luchas, eran recibidos con anhelo sin igual, á pesar de que traían siempre, á causa de la general adversidad que affigía con sus calamidades al reino, siniestras nuevas, bajo cuya impresión aquel gran guerrero se deshacía en lágrimas, y poco á poco, iba perdiendo la relampagueante luz de su avasalladora mirada.

—¿No hay,—preguntaba con anhelo á Venegas Zoraya,—no hay asomo alguno de consoladora esperanza?

un desierto de África los edenés más viciosos y más bellos de Andalucía. Aquella incomparable Alora, engarzada como un brillante regio en áureas colinas, á cuyos pies los palmerales y los naranjales se dilatan, ha caído en manos cristianas. Los pesadísimos cañones han acertado á subir donde solamente llegan las nubes, y desde allí, han puesto en aprieto á Setenil, á la inexpugnable Setenil, de quien dijera los poetas que solamente podían llevársela en sus garras las águilas.

Después de tales coloquios, los sultanes y su vizir se apartaban unos de otros; y se iban cada cual á su estancia, llorando la terrible suerte de su raza y de su reino. Distingúase, por sus reflexiones hondas y amargas, la infeliz Isabel de Solís, trocada en reina de moros por el destino adverso, y próxima en aquellos momentos á recibir el condigno castigo de su traición y de su apostasía. Musulmana en apariencia, católica en realidad, por su alto cargo reina, y por su nacimiento española, comparaba la suerte que le cupiera, quedándose como rica-hembra entre los suyos, con la suerte que le había cabido subiendo á uno de los tronos musulmicos. Y como en la desgracia, el recuerdo religioso de la dicha pasada solo sirve para el aumento de todos los dolores, veía su vejez triste, sus hijos siervos, por una causa cuya religión tenía y guardaba en lo más íntimo y en lo más profundo del alma. Así el pan suyo se amasaba con hiel; y las noches corrían entre las inquietudes y las zozobras

del insomnio. Dominaba todos aquellos dolores un dolor supremo, la probabilidad terrible de verse algún día frente á frente con el hombre á quien debió hacer feliz, condenado por ella, en su desvarío y en su deseo de vivir, á perdurable infierno. Pero dejémosla en estos momentos hablar á ella misma; y oigamos con atención las reconvenções íntimas de sus remordimientos.

— ¡Oh! ¡Qué batalla he llevado tan penosa y tan larga! ¡Cómo el trono ha resultado para mí un suplicio, en que, día por día, me han mis verdugos infligido penas peores que cien muertes! Yo, castellana de raza y sangre, por castellana devota de la patria, de sus leyes, de sus costumbres, obligada por un hado cruel á regocijarme de todas sus adversidades y á dolerme de todas sus victorias. ¡En cuántas ocasiones, al relato de una batalla heróica, he sentido en mi alma despertarse con energía el alma de mis padres; y he tenido en los labios aplausos para lo que acongojaba en aquel entonces á quienes yo había sustituido por los míos! Mi corazón ha tenido una vida completamente adolorada por tales combates; é igual estado interior de perplejidad ha tenido mi conciencia. ¡Cuántas veces he apartado los ojos del cielo para no ver en sus esplendores y en sus grandezas al Dios de mis padres! ¡Cuántas veces, en la mezquita, ocupando el sitio recatadísimo reservado á las reinas, al oír las suras del Korán que mis padres maldijeran de continuo, he creído ver á mis plantas abrirse, como la

boca de un abismo, el infierno, para tragarme, y consumirme con horror en sus llamas eternas! No sé cuánto he luchado. A veces, la sombra de mi castillo arruinado, de mi santa iglesia incendiada, se me aparecían como en sueños, incitándome á cometer alguna traición muy sonada contra la gente mora, de cuya traición luego me retraía el amor de mi esposo y la mirada y la sonrisa de mis hijos. Si yo hubiera permanecido fiel á mi sangre, á mi religión, á mi patria, ¡cuánto me holgara y envaneciera hoy con esos triunfos, que la fama divulga, que la historia recoge atónita, y que resplandecerán allá en las cimas de la bienaventuranza con resplandor inefable, á los ojos de mis abuelos, consagrados, desde inmemoriales tiempos, á inacabables cruzadas con los moros! Pero reina granadina, esposa de un Sultán, madre de príncipes que llevan la sangre de Mahoma en sus venas, he tenido que contrariar con los deseos emanados de mi posición, los deseos emanados de mi naturaleza; y he visto por las noches levantarse de su marmóreo sepulcro gótico la sombra de mi padre á decirme cómo había renegado de toda su estirpe, había roto los blasones y rasgado los pergaminos de su casa; tan cruel, tan implacablemente cruel como una fiera. Y otras veces, de pronto, en las estancias mágicas, una bocanada como de incienso ha entrado por los ajimeces; las trompetas del órgano se han oído en las bóvedas; y la imagen de la Virgen María, con su corona de luz en las sienas, y sus peanas de ánge-

les en las plantas, se ha retratado por los aires..... mas para maldecirme. Y lo que mayor espanto me causa es lo que temo ver de súbito, mañana quizás, ó quizás ahora mismo, en los horribles desastres á que se halla condenado este imperio, la presencia de Illán, reconviniéndome, y quizás matándome. No llega emisario sin traer nuevos relatos de sus proezas. Él está en todas partes, y las armas de sus enemigos lo respetan. Él cae con frecuencia en las llamas, y resulta como el amianto de incombustible. La fe, la nación, sus reyes, sus padres, le impulsan á tanto combate; antes que todos le impulso yo, y pelea un día y otro sin descanso para subir á este palacio de los nazaritas, y clavarme, después de haberme con furor maldecido, en las entrañas el puñal aguzado en cien combates. ¡Oh! ¿Qué será de mí? ¿Qué será de mis hijos? ¿Qué suerte nos depara el destino? Quizás me lleven atada codo con codo el día de su triunfo los cristianos delante de su ejército; y me obliguen á pasar por mi castillo; y me arrastren hasta el sepulcro de mis padres; para que oiga con mis oídos, atronados por las maldiciones, el anatema de mi raza en el sitio donde se meció mi cuna. Yo no quiero pensar estas cosas. Yo deseo que mis hijos me defiendan de todos estos horrores; y para que mis hijos me defiendan, pido á su padre que les dé la única fortaleza todavía de pie sobre tantos escombros; que les dé un trono. Y el trono de mis hijos tan sólo puede dimanar de una victoria de su gente. Yo te la pido, yo te la pido ¡ah!

pero no sé á quién pedírsela, si al Dios de mis ascendientes ó al Dios de mis descendientes. Yo he abjurado de todas las religiones, cuando mi alma era por excelencia religiosa. Yo á cada instante creo en los aires oír la maldición de mis progenitores. Salvemos lo único que ya me resta en el mundo, salvemos á mis hijos. Voy á echarme nuevamente á los pies de su padre para pedirle con instancias que les decrete una corona con celeridad.

¡Inútil empeño! Los sucesos corrían desbocados, precipitando al gobierno granadino, roto en cien fragmentos, á la sima de su natural perdición. El Zagal, hermano de Hacem, y señor de Málaga, quería lo mismo, exactamente lo mismo que la Sultana, un trono para sí. Vencedor en el combate de la terrible Ajarquía, victoria última de los mantenedores del Islam sobre los mantenedores del Evangelio; este ruidoso triunfo le había ceñido esplendente aureola, y dándole influjo grande sobre sus conciudadanos. El pacto de Córdoba le trastornaba el seso y le sugería vivísimo deseo de infligir un castigo al desdichado pactante. No hablaba con faquí ninguno sin decirle cómo tenía por infiel y renegado á su sobrino Boabdil; ni con guerrero sin moverle á una expedición coronada con el goce de un seguro castigo decretado contra quien así vendiera su gente y perjurara de su religión. Boabdil, entre tanto, concitaba todas estas iras por su pereza y por su indiferencia. Los sucesos adversos, que acababan de amargarle, habíanle confirmado más

y más en la idea de que un destino implacable le perseguía y le acosaba. La vista del inmenso poder alcanzado por los reyes cristianos, le afirmaba en la persuasión á no intentar nada contra quien así disponía de todo. Aquella residencia en Almería; bajo cielos más espléndidos aún que los cielos de Granada; junto á mares tan celestes y tan sonoros, convidábanle con seductora invitación á la indolencia. Poco á poco, el tiempo, el amor, habían cicatrizado las heridas terribles de Moraima, con lo cual volvían los dos esposos á las antiguas felicidades engendradas por sus exaltados y satisfechos amores. Almería era para Boabdil un placentero nido amoroso de goces y deliquios. En vano su madre Aixá le conjuraba con imperio, como siempre, á combatir y á gobernar. Mas, habiéndole concitado ella con sus furores á la guerra civil, y después de la guerra civil, á la fiera irrupción en las tierras cristianas, concluída con el cautiverio de Lucena y con el pacto de Córdoba, no quería Boabdil, ya escarmentado, librar mucho en la obediencia de otro tiempo á su madre, y se resistía, inerte, á todo pensamiento y á todo trabajo. El harén, el baño, el juego de adjedrez, el diálogo continuo con su esposa, el diván oriental en la estancia pintada de mil colores, la guzla y la poesía le devoraban todo su tiempo, que iba trascurriendo como un río sosegado á las orillas de aquel mar placentero. Y si Boabdil hubiera sido capaz de presentimientos, presintiera la tempestad que amaga-

ba su frente. No podía, en suelo tan subvertido como aquel suelo, permanecer mucho tiempo sobre sus cimientos, la mansión de un príncipe y de un príncipe reinante. Por todas partes culebreaba el rayo y tenía necesariamente que alcanzarle y herirle. Mientras él veía las olas, y las escuchaba desde sus estancias; olía las flores y aspiraba sus esencias con voluptuosidad; dormía ó descansaba tranquilo en brazos de la Sultana favorita; unos cuantos jinetes requerían el sitio de sus goces para interrumpirlos con sangrienta venganza. Quien hubiera visto á tales hombres notara sin esfuerzo cómo el odio y sólo el odio podía mantenerlos y alentarlos en su vertiginosa carrera. Una conspiración terrible se había urdido contra Boabdil; y en esta conspiración entraban principalmente los faquíes. Cuando un pueblo pasa por desgracias tan grandes, como las desgracias del pueblo granadino, exáltanse las pasiones religiosas en su corazón; y al exaltarse tales pasiones, cobra natural influjo aquél que las guía ó que las explota, el sacerdocio. Y los sacerdotes de toda Granada creían á Boabdil contaminado con la irreligión y con los infieles. Por consecuencia, diariamente pedían al Eterno, en sus oraciones, castigo para el Zogoibí, como diariamente procuraban alcanzar, por medio de sus actos, lo mismo que pedían en sus oraciones. El Zagal, herido, á fuer de musulmán, y ambicioso á fuer de príncipe, llevaba su conjuración hasta dentro de Almería, y empujaba el fanatismo de los sa-

cerdotes á la sublevación. Avisados estos del día de su llegada con tiempo, acercáronse á las puertas de la ciudad con facilidad, y sin despertar ningún recelo. Imposible, por aquel entonces, cuando la guerra con todas sus consecuencias reinaba sobre la sociedad, que pudiera un conjurado entrar en las grandes poblaciones, si no le bajaban rastrillos y le abrían portones. Confiado en esto se presentó el Zagal, y no le marró la confianza. Los faquíes allí se hallaban, y los faquíes le franquearon el paso. Bien pronto llegó desde la ciudad baja, merced á sus caballos, bien pronto, al sitio más alto, donde resplandecía de lejos la fuerte Alcazaba. Otros obstáculos debía encontrar aquí en una guarnición fiel, si la fidelidad no se hubiera, como todo, quebrantado en aquella horrible decadencia. El buen alcaide, á quien Boabdil fiara su custodia, resistió cuanto pudo; pero no resistieron, antes se sublevaron, los soldados. La predicación faquí alcanzó hasta ellos; y la predicación presentaba como un renegado, como un amigo de los infieles, como un cómplice de los monarcas castellanos, como un fautor del total aniquilamiento de su reino, al pobre Rey Chico, más infame por sus desgracias que por sus culpas. De consiguiente los soldados no quisieron oír la voz del deber, y despedazaron al buen alcaide, que les imponía obediencia. Sus miembros rotos, su cabeza livida, su tronco despedazado, sus manos cortadas, cayeron al pié del Zagal, que pasando con la rapidez del rayo, caba-